

**DIÁLOGOS**

## DE AZTLÁN A CUZCATLÁN

Diálogo entre el antropólogo Rafael Lara Martínez y la periodista Lya Ayala sobre la importancia del náhuatl en los centros de investigación

*PÁG. 3*

**CRÓNICA**

## CÁRCEL DE MARIONA O LA CIUDAD DE LA ESPERANZA

Ensayo del escritor Jorge Castellón

*PÁG. 4*

**POESÍA**

## LAURA ZAVALETA

Muestra poética de una de las voces femeninas más destacadas del país

*PÁG. 6*

**PLÁSTICA**



## EL ARTISTA PLÁSTICO ELVIS AVID GUZMÁN EN 3000 Y AULA ABIERTA

El trabajo de este ilustrador, pintor y dibujante salvadoreño acompaña los textos del primer Suplemento y Aula Abierta del año. Líneas simples junto a laboriosos enjambres de complejas líneas es una de las tantas formas de expresar su arte.



# LEAMOS SALVADOREÑOS

**Un país que lee crece**

DE LOS CUENTOS DE CHEPE EL CABEZÓN

## El paralelo 38°

CAROLINA LUCERO  
Poeta y escritora

Corría 1952. Claire Francoisse miraba expectante a su madre. Hacía días que no recibían noticias desde *el paralelo 38°*, y hoy, justamente hoy, habían sido citadas en el aeropuerto internacional de Ilopango «para recibir» a su padre. Claire acudía al encuentro con miles de acontecimientos grabados en su memoria, como aquellas tardes de largas caminatas en la rivera del Limón, las tantas veces que su padre le enseñó a sembrar árboles frutales y flores a la orilla de la poza que bordeaba su casa, los momentos en que se hallaba plasmando su imagen en aquellos lienzos de óleos que solía pintar con tanto detenimiento, la poesía que siempre tenía a flor de labios para Maribel, su madre. Hoy, recordaba a Aleixandré Francoisse despidiéndose con gran alegría y prometiendo volver muy pronto a jugar con ella y a cabalgar juntos a Sebastiana, la yegua, junto al río Limón.

Los meses habían pasado y las cartas desde el paralelo 38° se habían ido haciendo escasas. Si bien la península de Corea se contaba entre las posesiones territoriales de Japón, había entrado a formar parte de la disputa entre Rusia y los Estados Unidos, desde la finalización de la segunda guerra mundial, estableciendo aquella división que el mundo conocería como el paralelo 38°. Más tarde el aturdimiento de la guerra fría obligó a la escisión de la península estableciendo dos estados: Corea del Norte, donde en 1948 vio la luz la república popular dirigida por Kim Il Sung; y Corea del Sur, donde Syngman Rhee estructuró el edificio de una inquebrantable dictadura a favor de Estados Unidos.

Aleixandré Francoisse, creyente del pensamiento que todo país en democracia sobrevive gracias al apoyo que las naciones se dan entre sí, se enlistó muy pronto en el contingente que —como aliados— acompañaron a Estados Unidos en la lucha contra Corea del Norte. Así, dejando el corazón junto a su esposa e hija en aquel cantón tan lleno de esperanzas y luciérnagas partió a los perdidos horizontes, sin saber que sólo volvería siendo un paquete en una aeronave de transporte militar.

El presidente, teniente coronel Oscar Osorio, parecía representar los sentimientos de toda la nación salvadoreña. Su rostro largo y compungido por la caída de los hermanos en aquella lejana tierra era motivo de conmiseración. Allí estaban, perfectamente sentados en las sillas elegantes, todos aquellos familiares de los hijos de la patria que habían entregado su vida en la histórica faena.

Las palabras fueron pronunciadas con lenta parsimonia: «El Presidente Truman agradece a su muy querido aliado El Salvador, y a sus héroes que lo dieron todo sobre el suelo de Corea del Norte... su valor será siempre un ejemplo para las futuras generaciones...» Lentamente los nombres se fueron desvelando: Milton Paúl López, proveniente de San Miguel; Jorge Bustamante, de Santiago de María; Aleixandré Francoisse, de Santo Tomás... la lista sumergió en duelo y desesperación a todos aquellos cuyas ilusiones de construir una vida juntos habían expirado. Maribel, con la mirada perdida hacia el cielo parecía no estar presente en la ceremonia. Para ella se habían terminado la brisa, los pájaros, las luciérnagas plasmadas en aquellos lienzos que su amado había juntado para ella. «Mamita, mamita...» Las palabras de Claire no eran escuchadas. Su madre, ensimismada, estaba ausente de sus vidas.

Por azares del destino, correspondió al joven voluntario del recién fundado ejército de cascos azules, quienes por mandato del Consejo de Seguridad de la ONU, estaban en plan de observadores,

acompañar a la familia Francoisse hasta el lugar de reposo de su padre. Con el protocolo que correspondía a aquel héroe, llegaron por fin al cementerio de Santo Tomás. Allí, con la solemnidad que caracteriza a este tipo de momentos, el cuerpo fue entregado a la tierra. «Polvo eres y en polvo te convertirás...» cerraba el acto el padre Joaquín. En un último momento que a todos tomó desprevenidos, Maribel se arrodilló junto a la fosa mientras gritaba «Aleixandré, espérame». Por un instante volvió su rostro hacia la pequeña Claire, tomó su mano y la mano de Shepard diciendo a éste: «Por favor, buen muchacho, sé que puedo confiar en ti, cuida de mi hija». Acto seguido cayó a la fosa, muerta.

El desparramo se tornó irremediable. Maribel había enfermado del corazón desde la partida de su amado Aleixandré; y aquella tarde, sintió que debía acompañarlo a la última morada. Se olvidó que tenía otro gran amor que había jurado proteger: la pequeña Claire. Para esos entonces, Claire recién cumplía sus doce años. La familia Francoisse hasta ese momento, había vivido cómodamente en su casa solariega junto a las cascadas del río Limón. Se sabía que el señor vivía de las rentas provenientes de sus negocios, pero nada más. No había parientes cercanos que se hicieran cargo de la menor. Ningún vecino asumió tal compromiso porque no tenían las posibilidades de enfrentar otra boca en sus familias.

Shepard se había enlistado en el ejército de cascos azules desde su fundación; ahora con escasos veintidós años se veía preocupado por el encargo que le había sido depositado en el último momento de aquella desesperada vida. Se adentró en la casa solariega, rescató algunos pocos documentos que probaban la filiación de la pequeña, hizo una maleta y se perdió rumbo a la capital. Claire recordaba que debajo de la chimenea había una caja fuerte con los valores de la familia, pero no pudo establecerlo a simple vista. Atrás quedó aquel mundo lleno de felicidad, de pájaros al amanecer y de persecución de luciérnagas, que alguna vez tuvo la pequeña Claire. Si bien una de los objetivos de la misión de los cascos azules era preservar la paz de las naciones, «seguramente también lo era preservar la paz de los espíritus» se dijo Shepard para sí mismo. La familia Harrison había perdido a su joven hijo en Francia durante la segunda guerra mundial. En su memoria erigió un hogar para los hijos de todos esos héroes que no pudieron volver. Shepard Leenaerts llevó allí a la pequeña Claire, prometiéndole volver siempre que pudiera. El adiós se perdió en aquella distancia. Claire, consciente de que estaba sola en el mundo, se asió a la esperanza de hacer una familia con aquel joven que se había llevado su corazón y que sin darse cuenta había establecido lazos interminables con ella.

El tiempo pasó. Shepard, cuyas labores en el cuerpo de paz le permitían un respiro de vez en cuando, aprovechaba sus vacaciones para visitar a la pequeña Claire, a quien inexplicablemente se sentía unido. Casi sin darse cuenta Claire pasó de ser una niña, a una hermosa joven, cuya belleza cautivó al galán. Los estudios recibidos en el hogar de los Harrison le habían cultivado y a los ojos de Shepard se convirtió en la mujer más hermosa que hubiera visto jamás.

Una tarde en que los celajes dibujaban el cielo como prendidos del mismísimo pecho de Dios, Shepard dio el paso que tanto había meditado: pidió a Claire ser su esposa. Ella, con sus veinte años y como toda mujer enamorada de su eterna ilusión, hizo un ramillete con sus esperanzas y en aquel altar blanco como sus corazones, entregó su amor para siempre.

Mientras tanto, la paz acordada en Ginebra había sido resquebrajada. La Comisión Internacional creada para la aplicación de los acuerdos de Ginebra acusaba el rompimiento de la tregua. Próximo destino: Vietnam del Norte y Vietnam del Sur.

A menudo la felicidad se escurre entre los dedos.

## Comenzamos

MAURICIO VALLEJO MÁRQUEZ  
COORDINADOR



Cada año tenemos una nueva oportunidad, con la que podemos decidir entre continuar haciendo lo que por costumbre hacemos o cambiar para mejorar. Así que debemos escoger la segunda opción. Es importante que aprovechemos este nuevo año para lograr que nuestras vidas sean mejores, como la de nuestra comunidad y la de nuestro El Salvador. Algunos dicen que debemos vivir cada día como si fuera el último de nuestras vidas, pues de esa misma forma debemos ver cada año que llega.

Conocí una historia que nos da esa moraleja: Un hechicero fue condenado a muerte por un rey poco antes del medievo. Llegado el día de su ejecución estuvo frente a frente con el monarca y le suplicó que lo escuchara por un momento. El rey tuvo curiosidad de escuchar al mago y le permitió hablar. El hechicero entonces le pidió que le permitiera un año para que él le enseñara a hablar a su caballo y si lo lograba entonces le fuera perdonada indefinidamente su vida. El hechicero le prometió que si lo lograba, el mandatario se volvería tan conocido que en todo el mundo no existiría un emperador tan famoso como él. El rey aceptó. El encantador fue perdonado por un año, pero no se le otorgó la libertad, fue encarcelado en las masmorras del palacio real. Un día llegó a su celda un duque amigo suyo y muy apenado le dijo que estaba loco, porque todos saben que no es posible que un caballo hable y por lo tanto no tenía ninguna esperanza de seguir viviendo. El mago con una enorme sonrisa le contestó: “pero, por lo menos tengo un año más de vida. Quizá logre que el caballo hable y si no es así por lo menos tuve un año más de vida”.

Así es nosotros tenemos, gracias a Dios, un año más de vida para que mejoremos como seres humanos y así también mejorar nuestro país.

JUAN BAINA  
POR NETO  
http://netoloco.es.tl



tresmil  
suplemento cultural

Director: Francisco Valencia.  
Coordinador: Mauricio Vallejo Márquez.  
Sub coordinadora: Lya Ayala.  
Diseño: M. V. M. y L. A.

Toda colaboración puede enviarse al correo electrónico:  
[suplemento3000@gmail.com](mailto:suplemento3000@gmail.com)

# DE AZTLÁNA CUZCATLÁN

*Rescatar el tema náhuat serviría para reflexionar que no existe América sin una dimensión literaria y filosófica indígena*

RAFAEL LARA MARTÍNEZ/ LYA AYALA  
Suplemento 3000

## 1. Rafael recientemente se nota la insistencia de diversos sectores hacia el tema náhuat, ¿por qué cree que está ocurriendo esto?

Ya era hora. Esta nueva inquietud viene a llenar un vacío de varias décadas, siglos de olvido. Fíjese nada más, la Dirección de Publicaciones no cuenta ni siquiera con un solo volumen dedicado a las literaturas indígenas salvadoreñas. Si Ud. consulta a los clásicos, tampoco hacen referencia a ese legado. A lo sumo, hablan del Popul Vuh, libro de los altos de Guatemala, como si lo indígena salvadoreño no existiera y la literatura naciera y muriera con la herencia hispana. Ya es hora de romper con el eurocentrismo y volcar nuestra mirada hacia el centro de América. Fíjese también que el Museo de Antropología, la máxima institución oficial en ese ramo, tampoco cuenta con una sola sala dedicada a explicar el legado filosófico de las lenguas indígenas. Ya es hora entonces de rescatar el olvido y de hacer propuestas serias sobre la herencia literaria, filosófica y cultural de los idiomas indígenas salvadoreñas. Creo que esta nueva inquietud es algo positivo que ojalá culmine en proyectos de renovación. Sólo le anticipo una: la contribución filosófica indígena al debate actual sobre la política, sobre el cuerpo, sobre el concepto mismo de ser humano y su entorno natural, sobre la estética.

## 2. Cree que habrá resultados positivos de este “despegue del tema náhuat” o es sólo una moda o un modo de expresar ideas que quizá no estén relacionadas directamente con la función que el tema debería tener en la historia salvadoreña.

La primera propuesta sería un despegue editorial. Es sintomático que los mayores logros de la investigación náhuat del siglo pasado la realizaron los extranjeros y sus obras aún están a la espera de traducirse, interpretarse y publicarse en el país. Por el momento, parecería que el náhuat se halla más cerca de los recintos universitarios extranjeros que de los salvadoreños. El mayor ciclo mitológico náhuat está en alemán y náhuat; el mayor diccionario en inglés y náhuat. En el estudio de su idioma, Izalco estaría más cerca de Alemania y de EEUU que de San Salvador. Existe un recelo de la esfera literaria e intelectual salvadoreña por aceptar esas recopilaciones grandiosas y de retomarlas como punto de partida para la investigación actual.

## 3. Considera que los centros de estudio superiores deberían tener en sus planes de estudio y departamento de investigación la temática náhuat como parte de sus planes de trabajo.

Por supuesto, si hay clases de náhuat en EEUU y en Europa, ignoro la razón por la cual El Salvador le niega un espacio a la reflexión literaria y filosófica de su propio legado indígena. Lo que se podría aprender es simple. Una lengua es una visión particular del mundo. Borges diría un simulacro de la realidad. La cuestión consiste en averiguar cuál es la visión particular que el náhuat, el cacaopetra, etc. nos ofrecen del universo, en qué difiere esta visión del español y de las otras lenguas occidentales. Desarrollar esta temática, digamos la lengua como

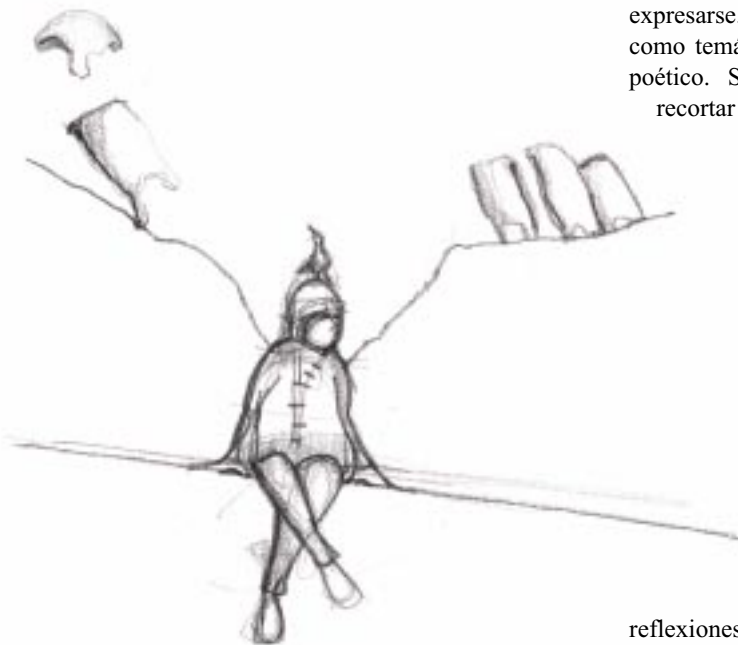


ILUSTRACIÓN: ELVIS AVID GUZMÁN.

**Rafael Lara Martínez es el traductor e intérprete de este importantísimo trabajo del antropólogo Leonhard Schultze-Jena**



una “ciencia de lo concreto”, como una ciencia de la naturaleza y de la sociedad, sería una manera de enfrentar a los estudiantes a una visión innovadora de la realidad. No se trata de que la adopten como propia o que la rechacen; se trata que evalúen su visión del mundo como algo relativo y sometido a la palabra. En breve, a los estudiantes e instituciones que se atreven a estudiar los idiomas indígenas les diría, “welcome to the desert of the real”, donde el ser humano comprende que confunde las palabras con las cosas, los hechos con sus propias representaciones lingüísticas...

## 4. Qué resultados cree usted se obtendrían de este interés en lo náhuat en estos centros de estudio.

No sólo se obtendría un mayor arraigo en la historia, en la identidad ancestral y actual de lo salvadoreño. Se obtendría una verdadera reflexión sobre el filosofar nacional. Si El Salvador está en Centro América, no en España ni en Europa, a mi entender, hay que reconocer que no hay América sin una dimensión literaria y filosófica indígena. En breve, se obtendría una dimensión americana, salvadoreña, del pensar crítico.

## 5. ¿Entonces si se abordará desde lo académico y luego se llevara a las aulas de clase, el rescate de esa parte olvidada y limitada de nuestra identidad permitiría hacerlo también hacia el público?

La lengua se puede enseñar de varias maneras. Se puede enseñar como manera de hablar, de escribir, de expresarse. Se puede enseñar también como literatura como temática particular y universal del pensamiento poético. Se puede enseñar como filosofía o manera de recortar el mundo desde otra perspectiva. Un

ejemplo breve se lo demuestra. Mientras las lenguas occidentales poseen un sistema decimal (10, 100, 1000, etc.), las lenguas mesoamericanas poseen un sistema vigesimal (20, 400, 8000, etc.). Ambos son sistemas igualmente lógicos, que perciben el número de distintos ángulos. Si a eso agrega que el náhuat-pipil —a diferencia del náhuatl-mexicano— poseía un sistema quinesimal (5, 25, 125, etc.), entendería que la noción de número se puede expresar de formas distintas. Sólo una reflexión del estilo es un ejercicio del pensamiento crítico, filosófico que rescata, a la vez, el olvido de lo nacional. Luego hay otras

reflexiones semejantes: noción de naturaleza, de cuerpo humano, de lo biológico sometido a lo social, de identidad, de sociedad, de alma, de lo divino, de lo estético, etc.

## 6. ¿Usted tiene un nuevo libro sobre este tema?

Sí, se trata de rescatar del olvido de casi un siglo, de ochenta años de olvido, el ciclo mitológico pipil más completo. Ud. sabrá que no hay códices coloniales. Sólo existe una pequeña gramática colonial en pipil. Pero es una gramática que habla de los sonidos, de las palabras, de su composición, etc. No se trata de un códice que nos revele el pensamiento literario, mitológico y filosófico pipil. El único trabajo al respecto lo recopiló el antropólogo alemán Leonhard Schultze-Jena en 1930, quien llegó al país apoyado por uno de los pioneros de la antropología estadounidense, Franz Boas. Esta obra en alemán y náhuat, jamás se ha traducido directamente del náhuat al español. Ni mucho menos existen trabajos amplios sobre su legado literario —por ejemplo, el viaje al inframundo semejante al de Dante— su legado filosófico —sistema numérico, concepto de alma-energía, identidad personal y de grupo— su legado político —constitución de la polis— su legado antropológico, concepto de cuerpo, sexualidad, de ser humano, su concepto de poesía. En fin, aún no existen varias corrientes de pensamiento — como las hay en México, EEUU, etc.— sobre el significado de la filosofía náhuat. Lo que así se pierde es la actualidad del pensamiento náhuat para el siglo XXI. No se trata de algo obsoleto y antiguo, sino se trata de un pensamiento vivo que anticipa la vanguardia del siglo XXI. Aquella vanguardia que por concebirse como innovadora, olvida sus raíces en la eterna repetición de lo mismo...

A «...los tristes más tristes del mundo.  
Mis compatriotas, mis hermanos»  
Roque Dalton

**JORGE CASTELLÓN**  
Escritor

**A manera de prólogo.**

**U**n día aprendí lo que ya hombres, mujeres, niñas y niños de mi país han sabido siempre tras aprenderlo en carne propia: aprendí como se debe de comer y masticar una tortilla para que calme un hambre asesina: comerse primero sólo la mitad y masticarla despacio, lo más despacio posible, casi rumiarla. Luego, comerse la otra mitad, repitiendo la operación. También, supe que el agua es lo más vital del organismo: tres días de privación producen fiebre, alucinaciones y obliga a beberla de donde sea, incluso del retrete.

Aprendí que un grito de dolor al ser escuchado, te puede hacer vomitar de dolor a ti también. Que si uno va a morir, y ama, desea por lo menos que aquéllos que te amen, vean tu cadáver y sepan que has muerto. Que no sufran de no saber de ti.

Comprendí por qué, quien te trata como ser humano, y te habla, cuando te encuentras tratado como no-ser-humano por otros, puede convertirse para ti, en tu mejor amigo, aunque quizás no lo sea nunca.

Pero lo que quiero contar no es en sí un suceso personal, por lo tanto, esto no pretende ser una memoria. La intención primera es todo lo contrario: *quiero compartir la existencia de otros; personas con las que conviví en un momento de mi vida. Personas que llevaron o llevan todavía quizá, la herida de la desgracia en el centro de sus vidas y que como tantas otras, son seres olvidados dentro de su propio destino, por aquello que llamamos justicia, ventura, suerte, dignidad o bendición.* Éramos unas nueve personas las que arribamos juntas, y todos llevábamos una mezcla de alegría y de incertidumbre que nadie que no viviese esa circunstancia, puede imaginar. Sabíamos que a partir de este momento nada pasaría a espaldas de nuestras familias. Sabíamos que estábamos ya bajo la luz de sol; pero también sabíamos, mejor, imaginábamos, que lo que estaba por venir podía ser a su vez peligroso, amenazador...o mortal. Más quizás en el fondo no nos importaba: uno prefiere una muerte pública que una en el anonimato, es decir, dejando el suceso de la muerte propia en el limbo del «puede ser», del «quizás», o del «tal vez». Pues era una bendición para la familia, encontrar el cadáver de algún ser querido; como era un privilegio a su vez, casi un milagro, salir de las cárceles subterráneas de cualquier policía local, y pasar al sistema penitenciario con un nombre y un número de caso. De alguna forma, se seguía viviendo.

Veníamos de las celdas de la Policía de Hacienda y estábamos en la puerta de entrada a los patios del Centro penitenciario *La esperanza*, de la ciudad de Ayutuxtepeque, en San Salvador. Este es, aún ahora, el reclusorio más grande de El Salvador. Con una capacidad para quinientos reclusos, en el momento de nuestro arribo «albergaba» cerca de tres mil personas en un área aproximada de medio kilómetro cuadrado. Según la información oficial en este mes, dos mil ochocientas personas lo habitan actualmente, de los cuales, sólo la mitad ha recibido condena. El resto, está en «proceso». Esto equivale a decir, ¡sabrá Dios cuanto tiempo han de permanecer en ese lugar!

Mi estadía en ese lugar y en ese suceso, había sido una constante más, ajena a la casualidad, pues nada era casual por esos días: ser joven y ser universitario, siempre ha sido un delito en países como el mío. Todo podía tener una justificación, o si no lo tenía, podía ser inventada, haciendo que cualquier mentira se convirtiera en la más rotunda realidad.

Casi un siglo atrás, de igual forma, llevar un sombrero y un machete de trabajo era suficiente motivo para ser asesinado, hasta que así se fueron sumando decenas de miles de campesinos muertos, llegando a la consumación de aquella *Matanza* que tan profundas consecuencias ha dejado para la historia y la cultura social de mi país. Y para no ir tan lejos en el tiempo, para algunas personas muy jóvenes, resulta imposible creer, hoy, que durante los días en que suceden los hechos que he de detallar, como desde inicios de la década del setenta, cargar un libro, un disco, escuchar cierta música, podía ser tan peligroso, que aquel escucha o aquel lector, no pocas veces terminaba muerto.

Así entonces, en el atardecer inolvidable de un día de diciembre, entramos a ese sitio, y al evocar ese momento me veo como dentro de un grupo de gladiadores romanos -pero sin escudo y sin espada-, que en algún atardecer de otoño, esperaban con pavor que la reja de metal se abriera para dejar libre el camino al centro de la arena, donde felinos hambrientos les esperaban para devorarlos a la vista de la multitud que los iba a ver morir, sintiendo por ellos tal vez lástima, tal vez... conmiseración. Los seis mil ojos que ese momento nos veían entrar ¿Se condolían a su vez? ¿Se entristecían por nosotros? o se veían a sí mismos, como cuando ellos empezaron su propio viaje -a veces sin retorno- al fondo de esta prisión.

Entramos. Luego fuimos conducidos -escortados-a la celda del jefe del sector tres, que era uno de los edificios de la penitenciaría. Esta persona ante la cual fuimos

**Al entrar aquí me recibió el «encargado» de celda y empecé a intuir algo inesperado que me dio cierta calma**



ILUSTRACIÓN: ELVIS AVID GUZMÁN.

# Cárcel de Mariona o La ciudad de la esperanza

Llevados, era un hombre como de unos cuarenta y cinco años, de gestos amables y voz estentórea, que llenaba de una gran energía cada uno de sus movimientos. Al hablar con él, parecía que uno estaba llegando a un campamento de verano o de montaña, y que él era un guía que daba las recomendaciones de horarios, medidas de seguridad, etc., gozando de un perfecto conocimiento del asunto, como alguien que realiza un trabajo bien pagado que le satisface hacer. Vestía muy pulcramente, con una camisa azul claro muy limpia y planchada. Más tarde supe que se hallaba cumpliendo una condena de veinte años, por un delito que no intento mencionar.

Estando en esta celda a la que fuimos llevados, -que era, digamos, el «lobby» del sector, y cuyas paredes color celeste recuerdo claramente también por su limpieza-, alguien nos ofreció de comer. Comimos sin entusiasmo, sin hambre, por cortesía. Un

momento después, salimos para ser llevados a nuestro lugar de estancia indefinida. El grupo había sido repartido en varias celdas, y yo seguí al hombre de la voz fuerte por un estrecho pasillo, oscurísimo, atestado de personas que iban y venían en esa pequeña ciudad, como yendo a atender mil quehacer que en ese momento yo no podía adivinar ni tan siquiera. Algunos me miraron seriamente a los ojos, diciéndome algo que nunca logré entender, indescifrable. Me encontraba en los pasadizos del castillo de las esperanzas perdidas, diría, y sus habitantes llevaban en su frente el blasón convenido de la desconfianza.

Mi acompañante me dejó por fin a la entrada de lo que iba a ser mi celda: la número 11. Este era un espacio dividido en dos habitaciones o alas, como de unos cinco metros de largo por ocho de ancho. En

uno de estas alas había cuatro camarotes, por lo que se deduce que igual número podía haber en la otra ala -que nunca conocí por cierto-, y que por lo tanto, con seguridad, 16 personas habitaban allí en total. Me enteré que yo era el residente número 23 de la celda, y muy inmediatamente concluí entonces, que yo, no dormiría en ninguno de esos camarotes.

/Continuará el próximo sábado

## La muerte de Francisco

Francisco Ruiz Udiel  
Poeta

Cerca de la funeraria, de negro y con corbatín azul, uno de los mariachis estremece su trompeta de bolsillo; en ésta se refleja el rostro de un hombre que baila en forma de marea, tiene una cerveza en una mano, alza una fotografía en la otra. Lleva la mirada de los resignados.

Me acerco en silencio para preguntar con disimulo de quién se trataba, quién es el otro que ya no está.

Se llamaba Francisco, dice una niña. Veo hacia abajo para saber si aún conservo mi sombra, que no estoy muerto, pero el día está gris y me lo impide.

Recuerdo el método del fotógrafo francés Henri Cartier-Bresson, quien se acercaba invisible hacia su objetivo y luego apretaba el botón de su cámara Leica. Decido practicarlo. Me dirijo hacia otro grupo de personas. De un automóvil sale una mujer y haciendo uso de la empatía comento que no hay detalle más hermoso que te recuerden con alegría. Asiente y empieza a hablar.

Se llamaba Francisco. Nació en Diriamba. Murió de cáncer de esófago. Tenía 64 años. Era furgonero en Estados Unidos. Lo van a cremar aquí. Vamos a dispersar sus cenizas en Los Ángeles y en Texas.

Pienso en cómo la vida de un hombre puede llegar a resumirse en pocas líneas. Minutos después llega un cercano de la familia con una corona de flores, una cinta púrpura muestra el nombre escrito con escarcha.

Me angustia ver. No quiero saber su nombre completo. Tampoco quiero ver la fotografía que alza quien añora la partida con la imagen en mano. Me alejo con el rostro de invierno hacia la tarde, con miedo, con la pequeñez de no saber quién soy.

**Tresmil reproduce el poema que aparece en su blog días antes de su deceso.**



Francisco Ruiz Udiel  
Firmando libros en la presentación del libro  
*La vigilia Perpétua de Víctor Ruiz en 2008.* / Foto: Francisco Juárez Polanco

## Poesía de Ruiz Udiel

Lya Ayala  
Suplemento 3000

“Enviámelo cuando regreses, en enero, cuando tengas tiempito”... así dice el último correo que recibí de Francisco Ruiz Udiel, poeta nicaragüense, de Estelí (1977-2010), me pedía unos ejemplares donde publicamos una entrevista suya el pasado 13 de diciembre. Le pedí la entrevista, porque encontré en su poesía un tono maravilloso con el cual hacia sonar los nombres de las cosas. Este fue Ruiz Udiel: aparece en “La poesía del Siglo XX en Nicaragua (España: Visor, 2010), Revista literaria Karavan (Suecia), Nómada (Argentina),

Lichtunten (Alemania) y Prometeo (Colombia). Publicó “Alguien me ve llorar en un sueño”, recopiló la antología de poesía joven nicaragüense “Retrato de poeta con joven errante” y estaba por presentar su poemario “Memorias del agua”. Fue editor de la revista Carátula, era colaborador del Nuevo Diario de Nicaragua y relacionista público del Centro Nicaragüense de Escritores. Para poetas como Jorge Bocanera, Waldo Leyva y Claribel Alegria fue uno de los poetas más prometedores de su país. Ahora quedan sus poemas del que dijo el crítico Julio Ortega es uno de los herederos de la poética actual latinoamericana.

## CONFORTABLEMENTE ENTUMECIDO

Alfonso Fajardo  
Abogado y poeta

Hay libros que los lees y libros que no, dentro de los primeros están aquellos de grandes poetas y escritores y los de los amigos; y dentro de los segundos están los que te regalan y los de malos poetas y escritores. Todos, sin embargo, comparten a veces el mismo lugar: un estante derruido por el óxido del tiempo, donde el polvo forma finas dunas de olvido. Todos, o casi todos, una vez leídos o despreciados, acaban en el estante, y son pocos los que pueden con el tiempo. No sé cómo, ni por qué, pero el libro «Alguien me ve llorar en un sueño» permanecía a la vista desde que ordené la librería, es decir, desde hacía unos cuatro años, mi desorden controlado y mi desdén nunca me permitió tomarlo y colocarlo en el lugar de sus colegas: en el lugar que guardan muchos de los entonces jóvenes poetas centroamericanos. Hay libros que los lees y libros que no, decía al principio, y el de Francisco se encuentra entre los primeros, por dos motivos: porque es de los amigos

**Brillemos en la oscuridad, Francisco, vámonos a visitar a Alejandra Pizarnick, a Alfonsina Storni y a Sylvia Plath, yo te acompaño.**

y porque es de los buenos. Sin embargo, el libro no permanecía a la vista porque fuera un libro de cabecera, no. Permanecía ahí por terco, porque se resistía, porque alguna fuerza extraña hacía que, entre documentos legales y poesía de muertos, recopilara un polvo que no era de olvido sino de complicidad y misticismo.

No recuerdo cuándo te conocí, Francisco, creo que fue en algún festival en el que bebí más de lo que leí, y desde ese entonces compartimos las primeras cervezas que, por un momento, hacen olvidar ese hediondo cáncer que es la soledad. Posteriormente visité Managua por dos motivos, uno de carácter laboral y, el más importante, por visitar a una muchacha que era como el agua: ¡qué manía la de los poetas de fundar amores lejanos! Para entonces yo ya empezaba a ser marginal por convicción propia. Me propusiste visitar a un gran poeta nicaragüense, muy laureado, y yo te dije que no, que su poesía no me movía ni me conmovía como lo sigue haciendo, por ejemplo, el gran Carlos Martínez Rivas. Preferí tu segunda propuesta, la de

escuchar, junto a unos amigos tuyos, unas guitarras hermosas de unos hermanos franceses de cuyo nombre no recuerdo, en el Teatro Rubén Darío. No nos equivocamos, el sonido de esas guitarras, esa noche, pudieron más que los versos de cualquier poeta. Al anochecer nos encontramos con tus vecinos de edificio, bebimos hasta el amanecer y hablamos de todo, menos de poesía (ya lo habíamos hecho durante todo el día y era hora de desempalagarse), de ahí la dedicatoria de tu entonces primer y recién estrenado libro, que acabo de tomar del estante oxidado: «*the wrong people with the right Ron*» Pues no, Francisco, era «*the right people with the right Ron*», eso lo aprendí posteriormente, cuando conscientemente empecé a sustraerme de los círculos literarios, más no de la poesía, por motivos profesionales pero, sobre todo, por ejercicio saludable, pues al final la poesía constituye un trabajo personal, solitario, silencioso, lejos de la fanfarria de los festivales, los congresos y los desencuentros. Esa madrugada me hospedaste en tu apartamento, ese que pensabas pagar con el premio internacional Ernesto Cardenal, y el día siguiente, con la resaca correspondiente, colocaste en tu PC, a la cual estaban conectados dos parlantes gigantes, ni más ni menos que Comfortably Numb, de Pink Floyd, esa canción que eriza el pelo y que seguramente fue construida pensando en Syd Barret. ¿Será Pink Floyd una constante en nuestra generación, poeta? No sé, pero algún poeta de nuestra generación ya me ha reclamado que cada vez que viene de visita a San Salvador, tengo a Pink Floyd en el estéreo del carro. ¿Será que nos sentimos atraídos hacia el lado oscuro de la luna? ¿Será que deseamos brillar como locos diamantes? Pues brillemos en la oscuridad, Francisco, vámonos a visitar a Alejandra Pizarnick, a Alfonsina Storni y a Sylvia Plath, yo te acompaño.

El tiempo, ese que se instala en los estantes para quedarse dormido, pasó como un gato negro y, como casi todos los amigos de carácter literario, perdí contacto con Francisco, de quien únicamente tenía noticias por medio de los constantes correos electrónicos donde se reflejaba su inagotable trabajo como gestor cultural. Francisco quería morir en un poema, y lo ha logrado. Ahora sé por qué «*Alguien me ve llorar en un sueño*» permanecía intacto, siempre a la vista en mi estante: porque tarde o temprano iba a brillar como un diamante, porque ahora habla cuando Francisco, y todos, estamos confortablemente entumecidos.

## Domesticidades

La casa debe sobrevivir a mi desorden.

El llanto cuajado en los rincones debe evaporarse y la luz  
defecará sus ecos de pureza.

Las arañas ya han escrutado mi lenguaje  
Y huyen torpemente.

La casa debe sobrevivir a mi desorden:  
Hay que limpiar, colocar,  
Restregar el calendario de los cuerpos  
Enrollar sus pétalos como babosas ecuanimes.  
Dejarlos sin su nido de impurezas.

Nada de graffitis,  
De cuadros inclinados,  
De libros desperdigados en la cama.  
Las copas se lavan y se guardan  
la ropa hay que dejarla sin mi rastro  
sin tu olor, se extiende al aire.

La casa debe sobrevivir a mi desorden, las cosas están  
sobre el olor de la noche, de los insectos que han cantado y han dormido  
bajo los abrazos sin lavarse.

## La madre y el padre, en un abrazo

Nos hemos tragado la noche, amor.

Nos hemos tragado la noche, y mis manos  
Casi son peces  
Mis manos se han tragado nuestros rostros y nuestros  
genitales  
Esta noche hemos hecho liturgia.  
Hemos matado animales y nos convertimos  
en dioses malvados pero hermosos.  
Apagamos doce luciérnagas y decidimos  
quedarnos otra noche a vernos en los sueños.

En la mañana, se sienten los latidos  
las cicatrices, nos regresan nuestra herida  
pero nadie huye, nadie rompe la oscuridad  
que nos corresponde  
porque somos aves  
y nuestra ala es una sola sábana extendida.

## 86 años

La vajilla, con restos de cerdo,  
Ya olvidada, resplandece.  
Habla el abuelo  
Y en los ojos rezuma alcohol en 30 grados  
Él y su historia se hinchan  
Mientras nosotras en la mesa vemos hacia arriba  
un obelisco que le rasca al cielo las costillas plásticas  
Es él, arrancando al cielo lluvioso  
los recuerdos

Mi abuelo soñó, como yo  
Que mamaba de la teta de una diosa  
Y entonces me dijo: nos gusta el sabor de la ceniza  
Eso fue a las cinco de la tarde  
Cuando su cuerpo era un grupo de mariposas migrantes  
Y hablaba como si cada palabra fuera una uva que se mastica bajo el  
tamboreo de la lluvia sobre el techo  
Entonces,  
Ya rumiante de todas sus verdades,  
armó un puente hacia mi abuela  
Quizás el último

## El porqué de tus silencios

como un pájaro indefenso bajo la tempestad  
aun encuentras fundamentos en la ruina cruel  
de tu memoria al recordar el porque de tus silencios  
y las huellas de tus pies en la arena frente al mar  
borradas por el vaivén de las aguas  
el fin es el comienzo ya nadie te espera  
no sabes si sales o si entras...



**L**aura Zavaleta nació en San Salvador, 1982. Poeta y economista, actualmente labora en la editorial universitaria de la Universidad de El Salvador. Obtuvo el primer lugar en el género de poesía del Certamen Letras Nuevas de La Prensa Gráfica, en el año 2006. Ha participado en el V Festival Internacional de Poesía que organizó la Fundación Poetas de El Salvador en homenaje a Francisco Gavidia (2006); en el Encuentro Internacional de poetas "El turno del ofendido" (mayo 2007), organizado por la Fundación Metáfora; y en el I Encuentro Latinoamericano de Poetas en el Centro Histórico "El Vértigo de los Aires" (octubre, 2007).

Salvadoreño residente en Canadá

# EL LARGO SUEÑO

**MARIO CHÁVEZ JOVEL**  
*Escritor*

Creo recordar que la noche anterior me fui tarde a la cama. Sí, estaba haciendo un gran calor, ahora lo recuerdo bien. Mi mujer ya estaba allí, bien dormida, roncando, la pobre gorda... Odiaba roncar porque sabe que eso me molesta, pues puede mantenerme despierto toda la noche, aunque yo nunca se lo he echado en cara.

Mis hijos gemelos también dormían en la recámara de al lado. Esta es una pequeña casa, de tan solo dos cuartos. Yo ya me sentía algo cansado, que es el requisito que le he puesto a mi cuerpo para meterlo bajo las sábanas, para evitar que el insomnio me ataque y la noche se convierta en una pesadilla...

El sueño que tuve anoche -si es que se le puede calificar así- jamás lo olvidaré. Me ha cambiado completamente la vida. Es más, aún no estoy seguro de que haya terminado. Soñé que estaba en una cabaña de madera, en medio de la campiña inglesa, y que tenía una mujer y unos hijos, pero no eran los mismos que los de mi vida real. De inmediato me di cuenta de que estaba soñando. Qué raro, me dije dentro del sueño, porque eso nunca antes me había pasado. Pero lo voy a disfrutar, añadí para mí mismo.

Le seguí la corriente al sueño y pasé un hermoso día junto a mi nueva familia en una tarde fresca de otoño. Lo interesante fue que cuando llegó la noche y me fui a acostar, luego de despedirme de mis nuevos hijos y después de hacerle el amor a mi otra mujer, me dormí de nuevo con la esperanza de despertar en mi vida real, pero no fue así y soñé que estaba en otro lugar del mundo, esta vez se trataba de una moderna metrópolis japonesa, junto con otra familia, con la cual, al igual que con la anterior, pasé un lindo día de invierno, en medio de la época navideña.

Esto es solo un sueño dentro de otro sueño, me dije, pero ya se me estaba haciendo un poco largo el asunto. No imaginaba que era tan solo el inicio. Con esta nueva familia pasé varios días y llegué a conocer bien la hermosa ciudad asiática donde vivía. Pero estaba consciente de que todo era parte de una fantasía, de que mi verdadero ser estaba en aquella pequeña casa donde me había ido a dormir la noche calurosa al lado de mi verdadera mujer, la linda gorda que ronca. Pero esa certeza fue cambiando a medida pasaban los años dentro de mi sueño. Cada vez que me acostaba, no estaba seguro de que iba a despertar en el mismo lugar y con la misma gente. Durante mucho tiempo, décadas quizás, amanecía en otra parte del

mundo junto con otra familia, con algunas de ellas pasaba tan solo una día, como me sucedió con la inglesa, mientras que con otras pasaba varias semanas, como fue el caso de la japonesa, y poco a poco, a medida pasaron los años, me fui olvidando de quién era yo en realidad, de cuál de todos los seres que había sido era el que había comenzado a soñar, hasta esta mañana, cuando me he vuelto a despertar en esta cama, al lado de mi gorda que aún ronca y de mis pequeños hijos gemelos que están en el cuarto de al lado en esta pequeña casa de una ciudad caótica de un país tropical. Creo recordar que esta es mi verdadera vida.

Cuando mi mujer se levantó, me preparó el desayuno como solía hacer y me preguntó a qué horas me había ido a dormir la noche anterior, pues ella siempre intentaba esperar a que yo me durmiera para que no me molestaran sus ronquidos.

Me sentía extraño, como un extranjero. No era de menos: dentro de mi sueño había

## Esto es solo un sueño dentro de otro sueño, me dije, pero ya se me estaba haciendo un poco largo el asunto

vivido durante muchos años y amado a diferentes mujeres e hijos. Había tenido otros cuerpos y caras, desempeñado distintos trabajos, todos los cuales los había ejercido sin mayor dificultad, como si ya hubiera sido entrenado en ellos. Cuando entré al baño a rasurarme, me costó aceptar que yo era el hombre que me veía al espejo, luego de haber sido tantos otros, pero presentía que esta era mi vida real. Mi preocupación ahora, hoy, esta noche, mientras espero que mi cuerpo me diga que está cansado y que es hora de dormir, es que ya no recuerdo bien, o mejor dicho, ya no tengo la plena certeza, como creí haberla tenido antes, de que esta es mi verdadera vida.

¿Será este quizás un sueño más de una persona que ya no alcanzo a recordar o por fin viviré en esta realidad hasta que muera? Lo que más me preocupa es pensar que tal vez no soy ni real, sino tan solo la alucinación de una persona que sueña conmigo y que puede despertar en cualquier momento y acabar con mi vida, como le sucedió al personaje de un cuento que leí. Sólo el tiempo lo dirá. Estoy cansado, es hora de irme a dormir...

carlo\_burgos@hotmail.com



Carlos A. Burgos

## PROSALEGRE

### EL CUADERNO SIN FIN

En 1953, cuando me nombraron profesor auxiliar de la Escuela Urbana Mixta de Teotepique, departamento de La Libertad, fui «maestro de dedo» porque no era titulado. Me enfrenté con una realidad estupenda.

No sabía ni el significado de la palabra pedagogía mucho menos el de didáctica. ¿Cómo iba a dirigir el proceso de enseñanza – aprendizaje? Ya había cursado el Plan Básico de tres años después de la Primaria. Me consideraba seguro en conocimientos teóricos y prácticos.

Recurrí al recuerdo de cómo me enseñaron mis maestros. Adopté un método ecléctico. Seleccioné lo más destacado de cada mentor, desde la forma de tomar el lápiz para trazar palotes y óvalos hasta las cuatro operaciones y los demás contenidos programados, con la diferencia que eliminé los castigos físicos: jalones de oreja, pellizcos, toques con regla o cincho, coscorriones, plantones bajo el sol, expulsiones y otros que sufrí con frecuencia, no por burro sino por...ya no me acuerdo.

Pronto reconocí que mis maestros me ayudaron a encausar mi conducta con sonrientes reprimendas. Son mis maestros estrellas.

Algo que me impresionó el primer día que me presenté a trabajar en el aula, fue el saludo en coro de mis alumnos:

— Buenos días, maestro.

Por primera vez en mi vida me llamaron maestro sin serlo ni haber dado una clase. Esto me obligó a tratar que mis alumnos me ayudaran a ser maestro. El maestro no es el que decide «yo voy a ser maestro» sino el que sus alumnos lo gradúan simbólicamente al reconocerlo como excelente maestro.

Los tres compañeros normalistas de la escuela se pusieron de acuerdo para adjudicarme el primer grado, a pesar que les alegué que yo no era titulado y que ese grado requería un profesor formado en la escuela normal, que esos niños debían ser atendidos con los mejores métodos pedagógicos. No movieron su posición. Me argumentaron que en ese grado aprendería a ser maestro. ¿Por qué ellos no querían atenderlo?

Me puse triste. Pero reaccioné al meditar que por algo me habían nombrado, que a lo mejor poseía algún potencial que tendría que desarrollar. Me dediqué con entusiasmo a atender a mis chicos de primer grado.

No descuidaba ningún detalle. Con regularidad compraba pliegos de papel periódico y con los alumnos los cortábamos en hojas que cosíamos con hilo y aguja, luego los regalaba a los que no tenían para ejercicios o dibujos.

Me sentí realizado cuando finalizó el año lectivo: todos sabían leer y escribir. Me mostraron sus cuadernos incluidos los de papel periódico que les regalé.

Treinta años después, en 1983, cuando visité la Escuela de Niñas Juana López de Ciudad Delgado, observé que una niña de primer grado borraba páginas de su cuaderno.

— ¿Para qué las borras? – le dije en voz baja.

— Para seguir escribiendo, solo este tengo – me conmovió.

— ¿Borras todas las páginas?

— No, solo una, en la que voy a escribir hoy – respondió, con cierta alegría.

— ¿No las rompes?

— No, lo hago con este borrador de pan – mostrándomelo.

— ¿Cuándo terminarás de llenarlo?

— Nunca. Es cuaderno sin fin – reímos con la niña.

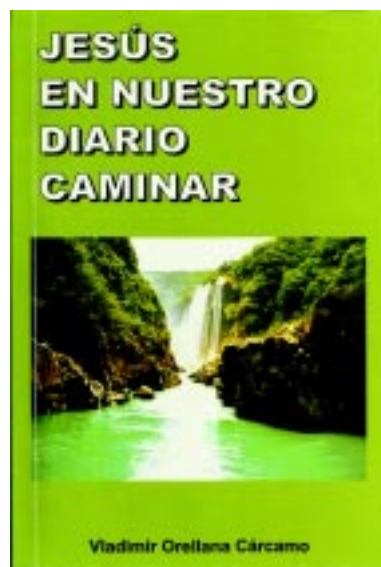
A la joven maestra sugerí que con el producto de alguna actividad se comprara cuadernos para las niñas que no tenían. Le relaté que antaño comprábamos papel para coser cuadernos que los niños necesitaban. Ella solamente sonrió, a lo mejor no me creyó.

En el 2010, cincuenta y siete años después que cosía cuadernos para mis alumnos, el gobierno de la República ha implementado el programa de paquetes escolares que incluye útiles, uniformes y calzado con el propósito que nadie deje de asistir a la escuela y se incremente la cobertura. Los padres y los niños están complacidos, solo algunos a quienes no se les ocurrió antes esta brillante idea, todavía reniegan.

ESTANTE | LIBROS ENVIADOS

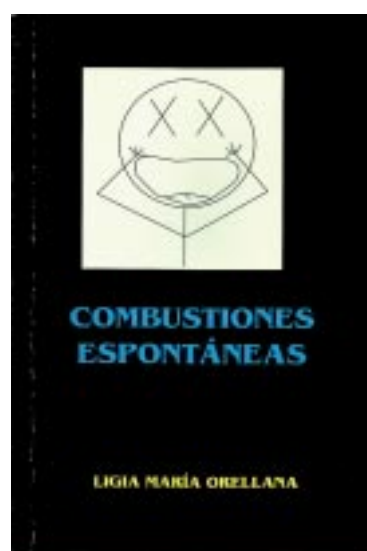
## Una obra para todos los gustos

EN ESTE ESTANTE NUESTROS LECTORES PODRÁN ENCONTRAR LIBROS CON VARIEDAD DE TEMÁTICAS. SI DESEA ADQUIRIR ALGUNO DE LOS SIGUIENTES LIBROS PUEDE ESCRIBIR A NUESTRO CORREO ELECTRÓNICO, Y LE INFORMAREMOS DÓNDE ADQUIRIRLO. TAMBIÉN RECIBIMOS SUS LIBROS PARA MOSTRARLOS AL PÚBLICO.



### JESÚS EN NUESTRO DIARIO CAMINAR

Ediciones Escorpión.  
Autor: **Vladimir Orellana Cárcamo**.  
Género: Meditaciones-espiritualidad.  
1000 ejemplares.  
114 páginas.



### COMBUSTIONES ESPONTÁNEAS

Talleres gráficos UCA.  
Autor: **Ligia María Orellana**.  
Género: Narrativa.  
1000 ejemplares.  
48 páginas.



### SUEÑO IN VERSO

Ediciones La Fragua.  
Autor: **Wilfredo Arriola**.  
Género: Poesía.  
1000 ejemplares.  
24 páginas.



### VIAJAR DE LA CENIZA

Imprenta y offset Ricaldone.  
Autor: **André Cruchaga**.  
Género: Poesía - bilingüe fran/esp.  
300 ejemplares.  
114 páginas.

# A AMÍLCAR FLOR, QUIEN FUE MI MAESTRO EN EL BACHILLERATO EN ARTES

**RICARDO MENDOZA ALBERTO**  
*Director de Teatro*

**H**ola Amílcar, hace unos días leí un artículo sobre el estado de tu salud, y que te encontrabas ingresado en un centro médico. Durante varios meses o días me había estado preguntando: ¿Dónde estará Flor? ¿Qué estará haciendo Flor? Te expreso que fuiste un profesor excepcional, y no solo porque te graduaste de Máster en teatro en la ex Unión Soviética, sino porque compartiste una disciplina envidiable y muy necesaria para los que hacemos teatro en el país. Recuerdo que estaba en primer año de teatro, cuando te veía pasar por los corredizos del Centro de Artes, en San Jacinto, me diste clases hasta que estaba en segundo año, tu llegada a la institución le dio nuevos brillos a la enseñanza teatral, traías métodos contemporáneos, sobre todo la comprensión y aprendizaje de la disciplina, los ejercicios psicofísicos y el compromiso hacia el arte, los cuales aportaron al crecimiento de nosotros los estudiantes, dejaste atrás aquellos ejercicios que se habían mal interpretado, sobre las teorías del teatro suramericano, en especial. El accidente que padeciste, casi recién llegado al país y te dejó el brazo izquierdo inerte, no detuvo tu motivación de compartir lo aprendido, luchaste para que volviera en sí, recibiendo terapias u otros tratamientos, pero desgraciadamente nunca volvió a su normalidad. Fue una experiencia triste verte el brazo lleno de úlceras y que mientras impartías la clase las reventaba restándole importancia. Mantener con vida tu brazo, era como querer mantener viva esta disciplina en un desierto lleno de serpientes y alacranes.

Orlando, siempre admiré tu nivel cultural y de análisis, te veía leyendo periódicos y a la par un bolígrafo, subrayabas las contradicciones que encontrabas en cada matutino, y luego hacías análisis políticos, económicos, sociales y de arte.

En tu agenda ordenabas las diferentes actividades culturales de la semana o del mes, por lo que era común encontrarte en conciertos, obras teatrales, exposiciones de pintura, espectáculos de danza, conferencias; al conversar contigo después del acto, criticabas la hipocresía mostrada de algunos hacedores del arte, que aprovechaban éstos eventos para encuentros sociales o para hablar de negocios.

—La gente asiste, para que luego digan: ¡Ah! Don fulanito o doña fulanita fue al concierto, que culto, sin saber ni papa de lo que se trataba.

Lo que me extrañó, es que nunca diste una conferencia de teatro, ni entrevistas culturales, o por lo menos no recuerdo. La gente sabe lo que aportas, te saludan «Maestro»; pero no entiendo porqué no te tomaban en cuenta para discernir en acto alguno.

Las últimas veces que te vi fue tomando café, con varios ejemplares de periódicos sobre la mesa y lapicero en mano; en otra ocasión solamente nos saludamos de lejos, posteriormente, recibí una invitación del Teatro Nacional de la «Secretaría de Cultura», a participar en el «Festival Nacional de Teatro» y que el homenajeado eras tú, que valoraban tu aporte a la creación escénica, sobre todo en la formación de muchos de los que hacemos teatro en la actualidad.

Para ser sincero no pude dormir o me era difícil por varios días, «Ya te vas a morir», me dije. «Los homenajes es olor a despido, es un pre anuncio de la muerte de alguien». No cabría en este artículo, nombrar la lista de los tantos hacedores del arte que se nos han adelantado, en el camino a lo desconocido; algunos han tenido la «suerte», que su nombre lleve algún festival, pero otros quedan en el olvido, pasaron, hicieron, se los comieron, y «El Show debe seguir».

«Flor es un borracho, no lo tomemos en cuenta», «Flor está loco», «Flor ya no cranea la onda del teatro», es que Flor mucho jode, yo con Flor no trabajo, Flor es una mierda», no invites a Flor que va venir hacer un desmadre», es que Flor no deja hablar, puta Flor, te echaste solo vos la botella, Jodamos a Flor, ahora que esta a bolo escondámosle el bolso», Flor ya está viejo».

\*\*\*\*\*

«Hola maestro, ¿cómo ha estado?, me imaginé que en el concierto lo iba a ver, estuvo bueno verdad», «Flor recitanos un poema en ruso, «Flor, hombre, no llores», «Maestro, quisiera que fuera a ver la obra que hemos montado y después nos haga observaciones». Con pesar te digo, lástima que no disfrutaste la inclusión que promueve este gobierno, porque siempre pensé que debías ocupar un espacio de consejero sobre las artes; pero en fin, no queda más que disculparse.

No te vayás Flor, seguí con nosotros, no te alejés, mereces estar vivo y que se escriba seriamente sobre tu labor en el arte. Los que hacemos o pretendemos hacer teatro, es debido a tus aportes.

Gracias maestro. Quiero despedirme con la canción que te encantaba y formaba parte de nuestro aprendizaje:

#### **El tururururú (Víctor Jara) Composición: Del Folklore Español**

Que tururururú, /que tururururú, /que tururururú, /que la culpa la tienes tú. /Ya se murió el burro /que traía la vinagre. /Ya lo llevó Dios /de esta vida miserable. /Estiró el pescuezo, /arrugó el hocico/ y con el rabo tieso/ murió de improviso. /Todas las vecinas /fueron al entierro /y la tía María /tocaba el cencerro.